

UNA MISTICA PARA EL TERCER MILENIO

EMILIANO TIBURCIO MORENO

PROFESOR DEL CENTRO TEOLOGICO DE LAS PALMAS

I. EL MUNDO EN QUE VIVIMOS

En la década de los años sesenta K. RAHNER escribía: “el cristiano del futuro será místico o no será cristiano”⁽¹⁾ y recientemente J.M. TILLARD ha tenido la valentía de preguntarse por el futuro del cristianismo. Ambos posicionamientos están cargados de sentido y de contenido en nuestro mundo occidental desarrollado.

El cristianismo en las sociedades europeas camina, lentamente pero sin pausa, hacia una situación de minoría como demuestran ciertos parámetros: a) la transmisión de la fe cristiana por los núcleos básicos de la sociedad como son, la familia, la escuela y la parroquia, cada día tienen menos vigor, b) la escasez de vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa, que han sido los principales agentes de evangelización, hace que el cristianismo pierda fuerza y utilidad en Occidente, e) el descenso de la natalidad en la sociedad europea y los movimientos migratorios de los países norteafricanos, en su mayoría de

(1) K. RAHNER, *Espiritualidad antigua y actual*, en *Escritos de Teología VII*, Taurus (Madrid 1967), p. 25.

religión Islámica, presenta un panorama de un cristianismo, cada vez más, en camino de diáspora donde tiene pleno sentido la pregunta ¿somos los últimos cristianos de Europa?

Cierto que la pervivencia del cristianismo está asegurada por la promesa de Jesús, pero podemos hablar de un desplazamiento del cristianismo hacia otras regiones como sucedió antaño con la actual Turquía y el norte de África.

La realidad que subyace en lo profundo de nuestra civilización pide un análisis serio sobre el mundo religioso de hoy ⁽²⁾ Pues nuestro mundo tecnificado está haciendo al hombre víctima de lo útil y lo material. El consumismo que se deriva de la producción, crea cada día nuevas necesidades al hombre que le hacen vivir en la epidermis de su ser. La crisis de valores atenaza las conciencias y siembra malestar en toda la humanidad. La angustia camina de la mano del sin sentido de la existencia en medio de una civilización que desaparece y otra que emerge sin modelo determinado.

Esta situación se origina en los siglos XVIII y XIX cuando comienzan los grandes cambios con los procesos de industrialización y desarrollo económico. La secularización de la sociedad, el desarrollo de la democracia llevan al hombre a tomar conciencia de los derechos humanos y precipita en el vacío la sociedad Jerarquizada.

La Iglesia demasiado anclada en el concilio de Trento, se encuentra falta de reflejos y es pillada a contrapié dejando mucho que desear en su respuesta. La religión será el opio del pueblo y adormecedora de las conciencias, originándose así el abandono del mundo obrero de la Iglesia y brotando con cierta virulencia el anticlericalismo.

En el seno de esta sociedad secularizada y efervescente surge un problema de mayor empaque para el cristianismo, el grito de la “Muerte de Dios”. A finales del siglo XIX, NIETZSCHE en la *Gaya ciencia* libro 5.º que tiene por título “nosotros los sin miedo” proclama: “El más grande acontecimiento de los últimos tiempos –Dios ha muerto– y la fe en el Dios cristiano ha perdido toda su credibilidad” y por tanto la moral cristiana, o moral de esclavos que él llama, ha comenzado a desmoronarse. Esta proclamación proyecta sus sombras por toda Europa y Dios va perdiendo aceptación en el mundo desarrollado, siendo cada vez más las personas que pueden vivir sin Él, pues Dios se ha convertido en algo no útil para la vida y pierde su interés. La conciencia humana no se rige por los valores sino por los intereses, lo que supone una alienación o un encallecimiento de la conciencia humana como norma última del actuar humano.

(2) J. MARTIN VELASCO, Hace este análisis, en su lección inaugural del censo académico, 1998-1999. *Metamorfosis de lo sagrado y futuro del cristianismo*, n. 36 de “Cuadernos aquí y ahora”, Sal Tarrae. Santander 1999. También en “Selecciones de Teología” n. 150, vol. 38, pp. 127-146.

La indiferencia y la increencia se instalan en el mundo desarrollado que vive en el desconocimiento o en la negación de las creencias fundamentales, en el abandono de las prácticas religiosas, en el distanciamiento de la moral oficial de la Iglesia, sobre todo moral familiar, sexual y social, que ponen de manifiesto la moral personal frente a la institucional, el predominio de lo subjetivo frente a lo objetivo y lo individual sobre lo colectivo.

Consecuencia de esta compleja situación es que la religión se transforma en menos servicios sacramentales o ritualismos sociales que se integran en una religiosidad fácil y terapéutica, que es la que mejor se adapta a las necesidades del individuo y de la sociedad de consumo. El sincretismo religioso desplaza al Dios de la alianza y al Dios del compromiso.

II. LUGAR PARA LA ESPERANZA

Aunque la crisis religiosa de la humanidad del primer mundo se haya instalado, con tanta fuerza como se la quiera imaginar, el cristiano, convencido del lugar que ocupa Cristo y el misterio del Dios-Amor en la historia humana no puede quedar asfixiado por la apariencia del contexto que le circunda, de forma que el fenómeno le instale en la angustia y en la desesperanza, es la esperanza, como anticipación escatológica, el eje en torno al cual debe girar su aportación al futuro de un mundo mejor que está en sus manos.

Un análisis crítico, que vaya más allá de la aparente realidad, puede percibir que el Espíritu de Jesús aletea en lo profundo de esta situación renovando el corazón de la humanidad.

Durante siglos los cristianos del viejo continente han caminado más desde una fe tenida que desde una fe vivida, por eso los cambios de mentalidad producidos por el desarrollo del pensamiento han desembocado en esta crisis, que ha afectado de lleno a la fe del creyente, que vivía más en una fe social que personal sucediendo lo que anunciaba el Cardenal NEWMAN: que la fe heredada “tenida” más que “ejercida”, solo puede conducir en las personas cultas a la indiferencia y en las sencillas a la superstición.

Son estas crisis profundas las que espolean al cristiano a vivir su fe de una forma más personalizada y comprometida de forma que ésta pueda ser el motor de su estar y actuar en el mundo actual.

Luz, para este lugar de esperanza, son los movimientos que surgen en nuestra sociedad. Nunca como hoy se ha tenido en cuenta la dignidad de la persona, se reconocen los derechos humanos, la solidaridad es el eje que gira en torno a los menos favorecidos, se lucha contra la pobreza, proliferan ONGs, el voluntariado irrumpe en los campos de marginación, la injusticia de los

poderosos es repudiada por la sociedad, aumenta la conciencia social y el respeto por los más débiles. Aunque falte aún mucho por hacer en este campo, y quede algún resquicio en el pensamiento cristiano, que por temeroso de que el hombre ocupe el lugar de Dios, no capte la dimensión de estas corrientes, es necesario convencerse que el hombre debe ocupar el lugar que le corresponde en este mundo como hijo de Dios.

Juan MARTIN VELASCO, en el trabajo citado anteriormente, ve en estos movimientos una de las manifestaciones de la “metamorfosis de lo sagrado” que sé esta produciendo en el mundo actual, pues según él, esta metamorfosis es “el intento de expresar que todos los elementos de la configuración religiosa están afectados por el cambio. La crisis afecta a la práctica, a la institución, a la creencia religiosa y, por debajo de todas ellas, a la actitud y a la experiencia que se realiza y se expresa en ellas, es decir, a la actitud del creyente y a su vivencia por los sujetos⁽³⁾.

En el fondo esta metamorfosis arrastra una “crisis de Dios” que afecta al mismo concepto de Dios, como pone de manifiesto Albert CAMUS con su “ateísmo ético”. El Dios “Todopoderoso” de la Teodicea ha entrado en crisis ante el problema del mal de la humanidad, de ahí la necesidad de sustituir a este Dios lejano y despreocupado por un Dios más vecino y solidario como es el Dios de la Cruz, tan vecino siempre a la religiosidad popular de nuestros pueblos. No es el Dios Omnipotente, sino el Dios que asume para sí mismo toda la debilidad humana compartiendo plenamente nuestra condición, el que llena el corazón del hombre.

Es por eso, que la crisis religiosa que vive la sociedad de hoy no debe ser contemplada desde el querer terminar con la idea de Dios, sino desde el intento de purificar el concepto de Dios, esta interpretación la confirma el sincretismo religioso y los mismos integristas fundamentalistas, pues ellos llevan en sí la afirmación de lo religioso como parte constitutivo de la persona al mismo tiempo que expresan el miedo al cambio y a lo que desestabiliza.

Indicadores para una lectura esperanzada del mundo religioso de hoy se presentan también en nuestra sociedad:

- 1) Mientras la filosofía de NIETZSCHE de la muerte de Dios vela su propio cadáver y la teoría marxista, que anunciaba la desaparición de la religión, contempla su disolución, el fenómeno religioso y el cristianismo en concreto busca, cada día con mayor fuerza, su autenticidad original.
- 2) La evolución de la humanidad sigue caminando hacia su culmen por caminos de espiritualización. El instinto epistemofílico, fuerza que se

(3) J. MARTIN VELASCO, en “Selecciones de Teología” 150 (1999) vol. 38, p. 129.

libera dentro del hombre, impulsa la búsqueda de los valores ideales y transcendentales, constituyéndose en lo específico del ser humano. Como semilla implantada en el hombre nace aquí la búsqueda de la justicia, de la moral, del amor auténtico y del ser Transcendental, caminos para llegar a ser uno mismo y entender el propio ser y el estar en el mundo.

Las palabras de Richard M. BUCKE: “a pesar de todo lo que digan los que se ríen de la religión resulta seguro que la civilización moderna (en su más amplia acepción) descansa en su mayor parte sobre las enseñanzas del nuevo sentido”⁽⁴⁾ (lo religioso del hombre), adquieren aquí su pleno sentido.

- 3) Los caminos hacia una “religión universal” se han puesto en marcha. De las posiciones **exclusivistas** que alimentaban las grandes religiones universales, excluyendo de la salvación a los extraños al propio sistema religioso, se ha pasado a posiciones **inclusivistas**, donde se considera a las otras religiones como caminos preparatorios para aceptar la salvación ofrecida por la propia religión, donde encontrará el pleno desarrollo de lo que ahora tienen en germen. **El diálogo interreligioso** termina con ambas posiciones al centrar la religiosidad en la Realidad Absoluta, punto de encuentro de todo ser religioso, y pasando a un segundo plano las mediaciones (actos, ritos, símbolos etc.) de cada religión.

Esta realidad entraña una nueva forma de estar en el mundo, que conlleva la superación de la miseria material y cultural de los pueblos del tercer mundo, reconocimiento de la dignidad de la persona y de todos sus derechos, diálogo entre iguales sin imposiciones, respeto y mutua comprensión, tierra sin fronteras religiosas donde la humanidad pueda vivir en fraternidad.

- 4) El cristianismo, desde esta perspectiva, debe tomar con impulso vigorizado el camino de su fundador, Cristo Jesús, que está en medio de los hombres como el que sirve (Lc. 22, 27), haciendo del servicio a la humanidad, la base del diálogo interreligioso. Lo que motiva hoy a los hombres son actitudes de entrega y servicio a los demás al estilo de Oscar ROMERO, ELLACURIA, Teresa de CALCUTA, Martín LUTERO KING, GHANDI, etc., etc. En ellos podemos encontrar los grandes exponentes del nuevo despertar religioso, frente a los integristas fundamentalistas y sincretismos religiosos, que manifiesta la gran inseguridad del Dios “tenido” pero no “vivido”.

(4) R.M. BUCK, A.H. MASLOW y otros, en *La experiencia Mística*, Kairos (Barcelona 1990), p. 94.

- 5) Un nuevo motivo de esperanza nace con los avances de la antropología humana. La profundización en la apertura del hombre que camina hacia un destino definitivo y eterno, ya no lo hacen solo las ciencias de Dios sino también las ciencias del hombre⁽⁵⁾, que nos hacen pensar en una profundización, cada día mayor, en el núcleo personal, íntimo y acategorial del hombre, donde se origina la conciencia de su dignidad y libertad⁽⁶⁾.
- 6) La crisis vocacional al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa, que tanto aflige a la Jerarquía, se constituye también en un espacio de esperanza, ahí se encuentra la superación del clericalismo y la toma de conciencia del pueblo creyente, como pueblo de Dios, que tiene que comprometerse en la edificación del Reino.

Hay lecturas de la realidad religiosa del mundo moderno que llenan de esperanza. Lo importante es tomar conciencia de las posibilidades para que el futuro no nos sea impuesto sino construido con nuestro compromiso y nuestro esfuerzo.

III. LA MISTICA PUNTO DE REFERENCIA

La crisis religiosa, que vive la sociedad de hoy, abre perspectivas esperanzadoras hacia el futuro, que se encuentra en las manos de aquellas personas que olvidándose de sí mismas sean capaces de entregarse

(5) La Teología afirma el "desiderium naturale videndi Deum" que no quiere decir que el hombre tenga ideas innatas de Dios, sino que señala una tendencia ontológica, necesidad apriorística de buscar a Dios, como término del dinamismo espiritual de la persona. Zubiri en su filosofía dirá que la constitución de la persona básicamente es religación, por lo cual no solo tiene religión sino que es religión. (cf., *historia, naturaleza, Dios, el hombre y Dios-*).

La ontosicología desde Freud ha ido profundizando cada vez más en la vertiente religiosa del hombre. C.G. JUNG afirmará que "el hombre desde sus comienzos lleva en sí la imagen de Dios" (Cf. *Los complejos y el inconsciente*. Barcelona 1994). G.W. ALLPORT hablará del sentimiento religioso como la fuerza propulsora que anima y sostiene el desarrollo individual, según el ideal que uno se ha constituido desde lo real y lo transcendente (Cf. *L'individúo e la sua religione*. Brescia 1972). A. MASLOW habla de la necesidad de algo superior a nosotros para podernos realizar (cf. *El hombre autorrealizado*. Barcelona 1979). V.E. FRANKL afirma: "la persona **tiene un elemento** o un algo psicofísico, mientras ella es un algo espiritual". En la espiritualidad inconsciente de la persona se descubre "una religiosidad inconsciente, en el sentido de que es un estado inconsciente de relación a Dios, que aparece como una relación a lo transcendental inminente al propio hombre a menudo latente en él" esto significa "que hay siempre en nosotros una tendencia inconsciente hacia Dios, es decir, una relación inconsciente pero intencional a Dios" (cf. *La presencia Ignorada de Dios*. Barcelona 1994).

Con las ciencias de Dios y las ciencias humanas se puede llegar a una mayor profundización de la antropología cristiana.

(6) Esclarecería la antropología el estudio comparativo de las distintas designaciones que se dan al acategorial humano. Centro, cima u hondón del alma en la mística. Relegación apertura en la filosofía tan vital. *Libido en la ontopsicología*. ¿No se designan mediante estos términos una misma realidad de la persona, aunque desde distintas perspectivas?

incondicionalmente al servicio de los demás. La entrega, para que tenga consistencia y continuidad, no puede arrancar de un impulso meramente humano, sino que necesita hundir sus raíces en la vivencia profunda del ser fundante, que da sentido y orienta el devenir.

Esta vivencia es lo que denominamos experiencia mística, que no es una reflexión ni una conceptualización o racionalización del dato religioso vivido, ni es un conjunto de fenómenos para-místicos, como éxtasis, visiones, levitaciones, estigmas, etc., en expresión de K. RAHNER es “el encuentro interior unitivo de la persona con la infinitud divina, que fundamenta tanto a ella como a todo su ser”⁽⁷⁾. El encuentro unitivo en la interioridad con la divinidad es el motor que da impulso a una orientación del futuro que debemos hacer, pues produciéndose ahí una ruptura con la conciencia ordinaria y lleno de luz es más fácil caminar hacia el bien de la humanidad.

A. MASLOW detestó como, tras esta experiencia, la persona que la “sufrir”, adquiere una nueva forma de estar en el mundo: fusiona hechos y valores, resuelve fácilmente sus conflictos, pierde la ansiedad, descubre su verdadero ser, sentimientos de unidad, desapego, generosidad, felicidad y amor inundan su interior, al tiempo que percibe los valores intrínsecos del ser, tales como la totalidad, la simplicidad, la honestidad, la bondad la justicia, etc.⁽⁸⁾, lo cual nos demuestra que no es la prosperidad económica, ni la democracia ni la técnica, ni el hombre adaptado y sin problemas materiales lo que llevan a una humanidad más realizada, dado que ninguno de estos factores resuelve por sí mismo los problemas básicos tocantes a los valores. El futuro del hombre está en el encuentro con la divinidad, que es donde residen la creatividad, la integridad, la armonía interior, y el sentido de ser.

IV. LA MISTICA CRISTIANA DEL TERCER MILENIO

Encuadrada en el plano de la mística universal, encontramos la mística cristiana cuya especificidad viene dada por la presencia de Cristo Jesús, Hijo Unigénito del Padre y revelador del misterio de Dios. La presencia de Cristo introduce un elemento nuevo y sustancial a la hora de definir esta experiencia mística que podemos hacer siguiendo al p. Juan G. Arintero en los siguientes términos: «la misteriosa vida de la gracia de Jesucristo en las almas que, muriendo a sí mismas “con El viven escondidas en Dios” (Col. 3,3), evolucionan “hasta que Cristo se forme en nosotros” (Gal 4,19) y “nos transformemos en su divina imagen” (2 Cor, 3,18)»⁽⁹⁾.

(7) K. RAHNER, en *Diccionario Teológico*, (Barcelona 1996), p. 440.

(8) Cf. A. MASLOW, *El hombre autorrealizado...*, pág. 78ss.

(9) J.G. ARINTERO, *La evolución mística*, Bac. 91 (Madrid 1952), p. 17.

Manteniéndose el carácter esencial unitivo de cualquier mística entra aquí en juego la novedad sustancial del cristianismo, en cuanto que el polo objetivo de la unión, es Cristo Jesús, segunda persona del misterio trinitario, por quien tenemos acceso al Padre en el Espíritu Santo.

Así la mística cristiana tiene unos rasgos esenciales a través de los cuales puede ser identificada. El centro de su vivencia gira en torno al misterio de Cristo, a la escritura como palabra revelada y a la celebración sacramental en la Iglesia de Jesús.

La Alianza que Dios selló con el pueblo de Israel en el desierto y la promesa de la nueva creación por el Espíritu Santo (cf. Ez. 36,25ss, Jo. 2,28ss), llegan a su cumplimiento en el misterio pascual de Cristo. El Espíritu, que Cristo ganó para el hombre en su muerte y otorgó en la resurrección, establece su templo en el creyente (cf. 1Cor. 3,16; 6,19), donde habita todo el misterio de Dios (cf. Jn 14,23). Esta realidad crea en el cristianismo una nueva situación óptica, que le garantiza la entrada en las profundidades de la intimidad de Dios. (1 Cor. 2,10; 1 Jn 4,13). Los ojos de la fe llevan a mirar las cosas más allá de la superficie y el corazón del hombre se abre a la amistad íntima y filial con Dios por Cristo en el Espíritu Santo. Esta es la “noticia amorosa” que el hombre intuye mientras en su ser se restablece la imagen y semejanza con Dios. Es en el centro o fondo del alma donde percibe esta comunicación en un mutuo fluir y refluir entre Dios y el hombre, sabiéndose el hombre todo en Dios y nada en sí mismo, llegando a saborear a Dios en una síntesis de conocimiento y amor.

Es pues, la economía de la salvación, cuyo centro es la encarnación y el acontecimiento pascual del Hijo de Dios, el eje de la mística cristiana en su proceso de comunión-divinización-filiación.

La mística cristiana no se caracterizará por la “fusión con Dios” sino por la vivencia de la Nueva Alianza en Cristo, que es lo que los místicos cristianos del siglo de oro español han querido expresar en el símbolo de los esponsales místicos, indicando la disponibilidad y la entrega total, en la que un amor libre responde a la iniciativa de un amor soberano, que crea en la criatura la capacidad de respuesta.

No es la mística del cristiano católico un psicologismo de las profundidades humanas, aunque tenga su influencia en la psicología de la persona, ni tampoco un acto de orgullo humano de autosalvación, como ha querido ver muchas veces la teología protestante, sino el corazón del ser y el estar religioso de la persona.

Paul TILLICH, desde su protestantismo, afirmaba: “Lo místico (presencia de lo divino en la experiencia) constituye el corazón de toda

religión. Una religión, que no puede decir “el mismo Dios está aquí presente”, se convierte en un sistema de reglas morales o doctrinales, que no son religiosas, aunque puedan dimanar de fuentes originalmente reveladas. El misticismo o la presencia sensible de Dios es una categoría esencial en la naturaleza de toda religión y nada tiene que ver con la autosalvación”⁽¹⁰⁾.

La mística cristiana del tercer milenio, desde el dato revelado, adquirirá cada vez mayor dimensión trinitaria en relación personal con el misterio de Dios. La reminiscencia que aún queda de la mística de la esencia de la escuela romano-flamenca que, bajo la influencia platónica, se caracterizó por poner el punto central de la experiencia en la unidad de la Trinidad; queriendo entrar más allá de las personas, en la unidad de la naturaleza, origen de las personas y donde retornan a su propia raíz, tal como es en sí el mismo Dios. Trata entrar, pues, en el fondo desnudo del misterio de Dios, donde no hay distinción, no basta el Padre, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo, sino la unión sin diferencia que es la unidad esencial de Dios.

El desarrollo de la teología trinitaria hace posible que la mística de la esencia pierda enteros a favor de una mística de relación personal amorosa en cada una de las personas del misterio trinitario de Dios, pues el ser más íntimo de Dios no es su esencia como raíz de las personas, sino que estas son la raíz de la unidad divina por el amor. La unidad en Dios está en que las personas son relación. El amor se personaliza en Dios por eso Dios es esencialmente Amor, y la esencia de la mística cristiana reside en el encuentro personal amoroso con el misterio objetivo de Dios revelado por Cristo en el Espíritu Santo.

La mística cristiana o mejor la mística trinitaria se constituye así en un “sufrir” la presencia del misterio-trinitario por las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, que conlleva un paso de modo de ser humano de la vida teologal, a un modo de ser divino de esa misma vida que se realiza por el Espíritu Santo.

Esta vida mística más que un “ver” o “tocar” a Dios, es un ser tocado por el amor de Dios de forma gratuita, donde la persona capta, que como Dios es un don gratuito para ella, élla debe ser un don gratuito para sus hermanos, entregando a través de su propio don el don de Dios. Nace en esta realidad nueva de la persona, la doble componente de la mística cristiano-trinitaria, la contemplación (entrega a Dios) y la misión (entrega a la humanidad).

V. EL DIOS DE LA MISTICA CRISTIANA

La experiencia mística cristiana arraiga y se alimenta de la objetividad que la economía de la encarnación de Cristo ha hecho posible mediante la

revelación. Las relaciones del místico cristiano con Dios adquieren un carácter personal con el misterio trinitario que esencialmente es misterio de Amor.

Cristo Jesús, autocomunicación de Dios al hombre, se hace presente en la historia humana revelando el auténtico rostro de Dios; la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Hijo, en su encarnación pone de manifiesto que la auténtica naturaleza de Dios es esencialmente donal. El anonadamiento que supone, que Dios comparta nuestra propia condición humana, indica que la esencia misma de Dios es en sí kenótica. Donald W. MITCHELL escribe: “La generación del Hijo y del Espíritu Santo es una kénosis, en cuanto es un proceso de autocomunicación al otro, y esta kénosis de amor es la base constitutiva de la unidad en Dios”⁽¹¹⁾. Es más, la donación además de definir la naturaleza de Dios, se constituye en la base de la actividad creadora, redentora y santificadora de Dios.

Así pues, la kénosis revela la naturaleza originaria de Cristo, esto es, no que Dios se haya anonadado en un segundo momento, sino que la esencia de Dios por el amor es vaciarse de sí mismo para entregarse a los hombres, no es que Dios deje de ser Dios, sino que siendo plenamente humano es plenamente el Dios del Amor.

La plenitud del anonamiento de Cristo llega en la Cruz, donde brota la potencia transformadora que restablece la imagen de Dios en el hombre: Jesús en la Cruz nos mereció el Espíritu y una nueva vida. “Inclinando la cabeza entregó el espíritu” (Jn.19,30), “uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua” (Jn 19,34). Espíritu, sangre y agua ponen de manifiesto en el evangelio de Juan un nuevo nacimiento y una nueva vida, fruto directo de la humillación suprema de Dios que hace posible, que a la humanidad se le abran las puertas de la divinidad, introduciéndose en lo más íntimo del misterio de Amor, cuya plenitud está en la experiencia de Dios como “Abba”.

El Espíritu Santo derramado en nuestros corazones (Rom 5,5) mueve a la experiencia de la nueva identidad, que va más allá del sí mismo y de la acción libre, pues la fuerza del Espíritu posibilita la negación de la negación del sí mismo constituyéndose en la afirmación de la humanidad. Se realiza así la nueva creación donde la omnipotencia de Dios queda superada por la donación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; que constituye la nueva vida. El Espíritu autor de la nueva creación se refleja claramente en el Bautismo de Jesús en el Jordán (Mt 3,16) donde la presencia de la paloma en referencia a la paloma del diluvio (Gn 8, 8-12) indica un nuevo nacer, así como las lenguas de fuego (Hch 2,3) que inician la transformación del corazón por la purificación y

(11) D.W. MITCHELL, *Kenosi e Nulla Assoluto*. (Roma 1993), p. 33.

el amor originando la nueva vida, que Juan simboliza en el agua viva. (cf. Jn 2,6ss; 3,1ss; 4,55ss; 7,37-39).

El Dios que nos revela Jesús, en quien creemos y a quien creemos, es un Dios que se “desentraña” por amor, que es la razón suprema de la Creación, la Redención y la Santificación, y hace que el amor se constituya en la naturaleza más profunda de las cosas, por eso la, mística cristiana se presenta como un desafío histórico para hacer presente el amor de Dios en este mundo y sobre todo en los lugares de los desheredados y marginados de nuestra sociedad.

VI. EL MISTICO CRISTIANO DEL TERCER MILENIO

Si el misterio de Dios se ha revelado en Cristo y Cristo es el revelador de Dios, todo místico cristiano debe ser analizado desde el dato revelado y su revelador Cristo Jesús. El místico cristiano no puede ser un afirmador de la subjetividad-interioridad del hombre religioso frente al elemento objetivo de la religión cristiana condensado en el misterio trinitario, es decir, la propia experiencia debe estar en coherencia con la objetividad cristiana. Cosa muy distinta es que el místico, por la profundidad de su experiencia, no encuentre los términos para expresar la realidad vivida.

La Alianza, totalmente gratuita, hecha por Dios con el hombre en su Hijo Unigénito se constituye en el núcleo esencial de la comunión, divinización y filiación del místico cristiano.

No quiere decir que esta Alianza se constituya en una experiencia sensible continua de la presencia de Dios en el místico cristiano, sino que muchas veces esta experiencia será sensible por lo insensible de la presencia, es decir, la ausencia de Dios, el abandono del Padre que Cristo gritó en la cruz (Mt. 27,46) lo vivirá frecuentemente el místico, noche del espíritu⁽¹²⁾, que le hará vivir en la fe y abandonarse al querer y hacer de Dios.

Así el cristiano tocado por el amor de Dios, mejor, por el Dios que es amor, descubre en este toque su ser lleno de presencia misteriosa y en su ausencia la pequeñez que el mismo encierra. El hombre se abandona aquí en las “manos de Dios”, que en el decir de San Ireneo son el Hijo y el Espíritu Santo⁽¹³⁾, donde realiza una auténtica transformación del hombre que no sólo se origina por la comunicación de una verdad, sino por una auténtica renovación interior, al disponernos por su Verbo y al adornarnos con la

(12) La noche del espíritu, no hace sólo referencia al abandono de Dios en la contemplación sino también en la misión. Caso típico del primero es Juan de la Cruz y del segundo Juan Bautista de la Concepción.

(13) SAN IRENEO, *Adversus haereses*, V, 1,3.

filiación divina por su mismo Espíritu. Es el Padre el que nos llama a una integridad filial por medio de la encarnación de su Hijo, que tiene su resonancia cuando el Espíritu hace brillar el rostro de Dios sobre nosotros.

Por esta unción del Espíritu, el cristiano se configura con Cristo, hasta el punto de poder exclamar con Pablo: “vivo yo, ya no yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal. 2,20). La experiencia transformante del misterio de Cristo origina la nueva antropología de la divinización y filiación divina que sellan la identidad del místico cristiano.

Este sello lo expresa el reformador trinitario Juan Bautista de la Concepción en los siguientes términos:

“En mí hay un retrato de toda la Santísima Trinidad y un dibujo único y celestial de la encarnación del Hijo de Dios. En mí hay el precio de su sangre derramada y vertida [el Espíritu Santo]. No sé, hombre, que puedes buscar con que cebar tu entendimiento y voluntad que dentro de ti y en ti Dios no haya puesto”⁽¹⁴⁾.

Aquí está la noticia amorosa, el toque sustancial la presencia del misterio trinitario Padre, Hijo y Espíritu Santo en la intimidad del mismo hombre, esta presencia amorosa, que constituye más él yo íntimo del místico que su propio yo, ha sido “ganada” por el Hijo de Dios encarnado, que entregó su vida y derramó y vertió su sangre por amor al hombre. Hay en esta percepción un casi “desentrañamiento” del misterio del Dios Trino para entregarse al hombre. Aquí el místico cristiano capta sus relaciones personales con Dios y las vive.

El Espíritu Santo será el escultor que a golpe de cincel de gracia esculpirá en el hombre la imagen de Cristo desde donde se accede al Padre. Es este Espíritu el principio unificador de nuestro ser y nuestro obrar, a través del cual se establece la comunión de amor con Dios, de esta comunión nace una relación de amistad que tiende a hacer semejantes a los amigos y así el místico se constituye en resplandor de la divinidad de la que participa. Pero el resplandor que se origina de la luz de Dios, tiene la misión de iluminar (Lc. 1,78s; Lc 2,32; Is 42,6). Iluminar cristianamente el mundo de hoy no se puede realizar sino desde el fuego del amor, es decir, el místico cristiano del tercer milenio será un hombre capaz unificar en su vida la contemplación y el ágape al estilo de Cristo Jesús. Encontrarse con Dios conlleva la exigencia de vivir para los demás, “esto es el mensaje que escuchasteis desde el principio: amaros mutuamente” (1 Jn 3,11). Para Pablo el servicio en la ciudad es el mandamiento de Cristo, la “ley de Cristo”, “ayudáos mutuamente y cumpliréis la ley de Cristo” (Gal. 6,21). En el ágape se incluye toda la ley.

(14) J.B. de la CONCEPCION, *Obras completas*. Tom. I, Bac. 48, p. 669.

El servicio a los demás se constituye en la esencia del cristianismo y en el mejor camino para llegar a la madurez humana, pues este supone la renuncia al egoísmo base de las esclavitudes humanas. Frente al orgullo del viejo Adán, que quiere ser como Dios, el ágape nos libera de nuestra soberbia y nos hace esclavos de los hermanos. El servicio a los hermanos se constituye, por la presencia de Dios en el hombre en un contrato que sella la encarnación del Hijo Unigénito del Padre, llevando al místico a “hacerse esclavo de todos” (Cf. 1 Cor 9,19)

Esta es la clave en la que el místico reformador trinitario concibe su vida desde el sello de identidad que marca su ser. Si en él se da un desentrañamiento del misterio de Dios, él también quiere desentrañarse por amor a sus hermanos. “¡Ojalá, Dios mío, tú me dieras unas entrañas tan derretidas, tan amorosas, tan desechas por el bien de mis hermanos, que cazara yo muchos para Dios y que fuera a cuenta de mí propia vida y que mil veces me deshiciera yo para hacer a los hermanos!. Que trabajo fuera en que yo hallara mi sustento y nueva vida, como la halla la araña en la tela que urdió a costa de sus entrañas”⁽¹⁵⁾.

Así pues el místico cristiano del tercer milenio está llamado a personalizar y vivir su fe, desvestirse de sí mismo y revestirse de Dios y hacerse don hasta el desentrañamiento por sus hermanos, en este desentrañamiento ofrecerá, a través del don de sí mismo, el don del mismo Dios, razón suprema de la misión cristiana incluida la vida contemplativa.

La mística cristiana, apoyándose en el “abandono” que Cristo hace del seno del Padre mediante la encarnación, nos llevará a “dejar a Dios por Dios”. Dejar al Dios luminoso de la contemplación, “varones de Galilea ¿qué hacéis ahí mirando el cielo?” (Hch. 1,11), por el Dios oscuro, aunque no menos presente, del marginado, del pobre, del encarcelado, en definitiva del hombre suficiente.

La actitud fundamental del cristiano será el servicio, al estilo de Jesús, estará en medio de los hombres como el que sirve (cf. Lc. 22,27), sabiendo que el don recibido no es para servirse ni ser servido sino para servir (cf. Mc 10,45), hasta dar la vida por los humanos (Jn 15,13).

En esta perspectiva adquiere toda su fuerza la expresión de K. RAHNER con la que encabezamos este trabajo, “el cristiano del futuro o es místico o no será cristiano”.

Emiliano Tiburcio Moreno

(15) J.B. de la CONCEPCION, *o.c.* Bac. TII, p. 710.